



Dr. JOAQUIN EDWARDS BELLO

Ortega y los españoles

ESPANOL hasta la médula, tenía de Don Juan y del majestoso Vicente Pastor, el torero de la calle de Embajadores. A mí me ha recordado en sus escritos un propio: "Tienes más gracia andando que Maximini torciendo". Se oye por Andalucía. Tenía más gracia escribiendo que Maximini torciendo. Algo de ese genio español de movimiento, había para ponerse el sombrero. Gracia de andares que es muy española. Su "Don Juan y Andalucía" es la gracia misma. Cada párrafo saca un cló. Al final, vuelta al ruedo: "De no ser escritor, diría en cierta ocasión, sería torero".

Un poco duro fue a veces para tratar a sus compatriotas. Le irritó su educación en Alemania. Negó a los españoles la facultad de disciplina, de método y de inventiva científica.

Ortega profetizó el resurgimiento del centro de Europa germánico: esto es, el prestigio del mando de Occidente. No creía en América. Decir América es la del Norte en su obra. Según él, es América un pueblo primitivo, camuflado por los últimos inventos.

No importa que yo no crea en esto. Repito lo que crea Ortega. Según él, América no ha sufrido aún y es lícito pensar que pueda poseer virtudes de mundo. El mundo está en Alemania, adormecido u oculto, pero está.

El escritor Barz, podría agregarnos algo a esto, como él sabe decirlo. Ortega dio pellizcos a la petulancia argentina. En alguna parte escribió Ortega: "Joven todavía no. En rigor... no habéis hecho nada. No ha empezado aún la historia de América".

Después de leer esto uno piensa que nació en Europa un germen poderoso de renacimiento imperial argentino. Es muy posible una unión futura de Europa para reconquistar el interior hambaleante en Asia, en África y en América latina. Se trata un despertar del ideal de Víctor Hugo: los Estados

Unidos de Europa. Ortega lo concebía con cabeza germánica.

No creyó en América de ninguna manera. Referente a la antigüedad de los indios aztecas y peruanos, dijo Ortega: "Con esta ingeniería latina se ofende a la vanidad incurable del sudamericano una consagración para su inferioridad biológica ensalzada en la antigüedad de su prolepsis. Caricatura lírica del hidalgo viejo".

Ortega, cuando le daba la gana, era terrible. Alabanzas a escritores españoles contemporáneos le sonaban solamente a Menéndez Pidal, a Baroja y a Juan Ramón Jiménez, cuyo poema del burro debía servir de premio infantil en todas las escuelas de España, si el Estado nuestro no fuese tan hastío, tan ruin. En 1915 se sintió aludido en la revista España por Unamuno, quien le llamó panamá europeizante. No le perdonó hasta después de su muerte, durante la revolución. Dijo entonces: "Ha muerto del mal de España".

Cuando entraba Unamuno en la sala de redacción de la Revista de Occidente, Ortega se retiraba.

No quiso a Machado. No le agradaba el comercio marfónico de Don Juan. En el Libro de las Misiones, dice: "En los últimos cincuenta años la medicina se dejó arrastrar por la ciencia: e infiel a su misión, no ha sabido afirmar decididamente su punto de vista profesional. Cometió el pecado de no aceptar su destino: querer ser lo otro—, en este caso querer ser ciencia".

Aparte de esto lo, yo me digo: El doctor Marchán es un valor universal. En ciencia y en historia. Su obra Antonio Pérez es la más valiente y original que haya visto de la época de Felipe II.

Como casi todos los escritores españoles Ortega no vio el paisaje americano. Ensayado recorda la tierra extranjera, impositiva dentro de su pesada armadura. En su ensayo El paisaje en la poesía, Azorín dice: "Pero España no nos hace ver en la Aracnosa el paisaje ame-

ricano. Lo que España siente es el movimiento, la luz, el calor".

Yo me pregunto si este movimiento y esa luz son auténticos. Un inglés, un alemán, un francés, ven la extraña de la tierra que invaden. Reid, Maria Graham, Keyserling. Los españoles no vieron nada. Ortega, Pérez de Ayala, Benavente, viajaron con impetuosidad. No les interesó el paisaje. Por lo menos Julio Camba confesó que en Constantinopla permaneció en su hotel. Fue al consulado de España. No vio el puente de Galata ni Santa Sofia.

Hay en esta manera de ser algo de snobismo. Ortega es, algo demasiado sus amateadores literarias. Ota solamente a enunciaciones. Confesó que las cuatro quintas partes de su haber intelectual lo debió a Alemania. A veces su soberbia le hizo brincar. En la página 122 del Libro Notas está un belísimo verso de "nuestro perogrullesco Campoamor": "Por qué ha de ser perogrullesco Campoamor?"

He viajado a una eriquilla de campo, en un rancho, hace muchos años, llorando en un libro de Campoamor. El poeta de las Dolores no produce miedo. Los niños y las viejas se le acercan. Lo leen millones de hispanoamericanos. Perogrullo y Odeón como monsieur Prudhomme en Francia, es un personaje quimérico, ridículo, que dice sandeces con enfado. El verso citado por Ortega es la encantadora síntesis poética de un pensamiento del mismo Ortega. Constate éste en asegurar que ciertas virtudes bárbaras son indispensables para asegurar la cultura. El verso de Campoamor es así: Cultivando lechugas. Dilección.

Ya decía en Salerno que no haya mariposas en verano
quien no cuida gusquos en invierno.

La duda respecto del mérito de sus compatriotas —a quienes negó la virtud de la verdad— empaña la obra de Ortega.

J. E. B.

Ortega y los españoles [artículo] Joaquín Edwards Bello.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards Bello, Joaquín, 1887-1968

FECHA DE PUBLICACIÓN

1956

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ortega y los españoles [artículo] Joaquín Edwards Bello.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile